

PENSAR LA CULTURA

DESDE LA EDUCACION

María de la Paz Silva Contreras*

Introducción

"Todo pueblo que alcanza un cierto grado de desarrollo se halla naturalmente inclinado a practicar la educación. La educación es el principio mediante el cual la comunidad humana conserva y transmite su peculiaridad física y espiritual. . . La educación no es una propiedad individual, sino que pertenece, por su esencia, a la comunidad. El carácter de la comunidad se imprime en sus miembros y es en el *Zoón politikón* en una medida muy superior que en los animales, fuente de toda acción y toda conducta. . ."¹

Las anteriores son algunas de las frases con que se inicia la *Paideia*. Librote con el que Werner Jaeger nos ofrece una mirada que intenta ser totalizadora sobre "los ideales de la cultura griega", según reza el subtítulo de tal monumento. Me interesó, a propósito del tema que cobija este número de *Renglones*, hacer una revisión de esta obra y la manera como su autor utiliza dos conceptos como guía para un esquema de análisis. Estos conceptos son el de *areté* y el que le da título a la obra: *Paideia*. El primero constituye un término que va incorporando nuevos significados a medida que se van definiendo históricamente, nuevos ideales de hombre educado.

El concepto de *Paideia* es un concepto que no aparece sino muy tardíamente y con un significado muy complejo. "Paideia, la palabra que sirve de título a esta obra, no es simplemente un nombre simbólico, sino la única designación exacta del tema histórico estudiado en ella. Este tema es, en realidad, difícil de definir como otros conceptos muy amplios (por ejemplo, los de filosofía o cultura), se resiste a ser encerrado en una fórmula abstracta. . . Es imposible rehuir el empleo de expresiones modernas tales como civilización, cultura, tradición, literatura o educación. . . Los antiguos tenían la convicción de que la educación y la cultura no constituyen un arte formal o una teoría abstracta,

distintos de la estructura histórica objetiva de la vida espiritual de una nación. . ."²

Esta última afirmación nos acerca la *Paideia* a algunas de las acepciones contemporáneas de cultura que globalmente incluye esquemas de vida históricamente determinadas, explícitas o implícitas, guías para la acción y el comportamiento humano, socialmente producidos e interiorizados de manera diversa a través de prácticas específicas, en espacios institucionales especializados, uno de los cuales es la educación.

"La educación es una función tan natural y universal de la comunidad humana, que por su misma evidencia tarda mucho tiempo en llegar a la plena conciencia de aquéllos que la reciben y la practican. . ."³ Entre los griegos primitivos era entonces difícil distinguir un programa intencionado de formación. El ideal de hombre formaba parte inseparable de las acciones en la vida cotidiana y en la producción cultural. La educación asumía un carácter igualmente moral y práctico. Por una parte, estaba constituida por un conjunto de preceptos generalizados: la honra a los dioses, a los padres, el respeto a los extranjeros, la prudencia para la vida privada y por otra, a la comunicación de conocimientos y habilidades profesionales, (*Techné*) y la manera como debían ejercerse según las normas de su propia naturaleza.

Esta forma de educación, transmitida de una generación a otra mediante la palabra, se encontró tan perfectamente articulada a la vida que no es difícil comprender el paso de las formulaciones morales al establecimiento del derecho como fuente de referencias para la acción pública y privada.

Será hasta mucho después, en la época del helenismo, cuando la educación se realice en organizaciones privadas bajo normas (artes) establecidas con el fin de formar individualidades perfectas e independientes.

La formación del hombre de la cultura aristocrática suponía la vida sedentaria, la posesión de bienes y la tradición, y se llevaba a cabo mediante el consejo constante y la dirección espiritual. Es en este ámbito donde surge la *areté*. El ideal a alcanzar. El hombre aristocrático, para el que la utilidad de lo aprendido es indiferente, poseedor de la belleza en su sentido normativo para la vida exterior y la interior. El *kalos kagathos* es el programa educativo en los periodos clásicos y es en él donde se encuentra ya una clara diferencia entre la "alta cultura", reservada a unos pocos y los contenidos culturales útiles para la vida ciudadana.

* Lic. en Pedagogía por la UNAM.
Profesora en la Maestría de Educación del ITESO

Areté es poseído sólo por hombres excelentes, su raíz, la misma que *aristos*, excluye al hombre común del ideal educador. Las grandes virtudes caracterizarían así al aristócrata: la fuerza, la capacidad, la salud como *areté* del cuerpo, sagacidad y penetración con *areté* del espíritu.

En la odisea, la *areté* asume, además del carácter moral de su contenido tradicional, un sentido ético. Se convierte en un sentido del deber. Homero es considerado como el educador por excelencia.⁴ Y es la poesía épica el instrumento pedagógico privilegiado.

En los tiempos que precedieron al estado jurídico, la *areté* no sólo era considerada como atributo de la nobleza, sino que comenzaba a perfilarse como fuente de legitimidad de los actos y la administración pública. En Esparta, por ejemplo, la asamblea popular estaba compuesta por la anterior aristocracia guerrera. En ella no se debaten los asuntos, simplemente se decidía por votación en términos de sí o no. La legislación no era una codificación de leyes particulares civiles y públicas, sino era el *nomos*, regla aceptada y transmitida oralmente.⁵

Sería hasta mucho después, con el surgimiento del ideal ciudadano, de la vida en la Polis, que este sentido del deber tradicional se transforma en un deber hacia el Estado y la *areté* añade a sus contenidos anteriores, el sentido de la justicia como virtud suprema.

Pero esta nobilísima idea de justicia tenía sus aristocráticos bemoles. A toda idea de justicia parece subyacer una noción de igualdad, o por lo menos, de equilibrio.

Muchos ciudadanos ajenos a la nobleza, habían logrado enriquecerse como producto de las guerras e intervenciones. Esto provocó una agudización del antagonismo entre los nobles y los ciudadanos libres. El ejercicio del derecho, anteriormente en manos de los nobles de manera indiscutible, había conducido al frecuente abuso de autoridad. La sobrevivencia del Estado exigía la formulación de leyes escritas y sancionadas para asegurar un orden social y político permanente.⁶ Leyes que asegurarán el derecho igual para todos. El contenido esencial de las leyes sería la *diké*, como ideal político. Pero esta noción de igualdad, ambigua, es su definición; permitió, por una parte, que el ejercicio del derecho continuara siendo atribución exclusiva de los nobles quienes debían sujetarse ellos mismos a su orden, pero en la práctica, podía considerarse este sentido de igualdad, como aquella que tienen todos los que no sean como uno. Es decir, todos eran iguales, pero unos lo eran más que otros.

La nueva *areté*, la del hombre político, incluyó

un nuevo contenido; la *diké*. Y con él, asumió una nueva formulación filosófica y pedagógica: el derecho y las leyes.

La *diké* no sólo se convierte en norma de la vida ciudadana, sino que se eleva al orden superior de las leyes de la naturaleza. La producción de conocimientos es signada por una concepción que sugiere un orden jurídico, sostén de las redes causales de los fenómenos de la naturaleza.⁷

Así, Platón y las leyes llegarían a adquirir un lugar importantísimo en la historia de la pedagogía. Sócrates, por su parte, se había constituido en el mayor crítico de los modelos educativos vigentes.

Para Sócrates, existía una contradicción entre el *areté* y las formas que estaba asumiendo la vida ciudadana de los nobles. Para él, ciertamente la educación debía dedicarse a "extraer" las mejores virtudes (del conocimiento, la justicia y la virtud en la vida privada) de aquéllos a quienes la naturaleza había dotado mejor. Pero de nada sirven las excelencias del espíritu si no van acompañados de la dignidad del cuerpo y de la casa. Asimismo, de nada sirve el conocimiento y disfrute de las artes y la literatura si con ello se tienen sentimientos de superioridad sobre sus iguales en edad. Sin embargo, existía una evidente contradicción entre las ideas y las prácticas educativas. Si el ideal ciudadano es el hombre político, la formación en la vida cotidiana no correspondía a las importantes empresas. En efecto, Sócrates hizo evidente el desequilibrio entre la educación para el ejercicio de los oficios, para los que se han definido saberes concretos, reales, y la formación para la vida política, que supone una educación general de contenidos indeterminados. . . . *éthos* y *logos*, se plantean como polos antagónicos de modelos educativos opuestos —y sólo para el primero se tenían prácticas concretas. Para Sócrates, los ideales educativos deben ser divididos según su índole, para los gobernantes y los gobernadores. Para ambos, es necesario inculcar los sentidos de justicia y solidaridad —o más precisamente, amistad— de manera que cada cual ejerza su civismo conforme le toca. En ambos, el propósito es la liberación del hombre de las cadenas de sus instintos. La superación de su naturaleza biológica por la excelencia del espíritu.

La libertad, más que un asunto político o jurídico, es, en Sócrates, un concepto ético.⁸

El ideal educativo, añade ahora un nuevo contenido: la *enkrateia*: el dominio de sí mismo. La virtud política por excelencia. La piedad, la justicia, la valentía y la moderación constituyen esta nueva *arethé*.⁹

En las leyes, Platón distinguió la esencia de la *Paideia*, principio y práctica de la verdadera educación, como de índole distinta respecto del saber especial de los artesanos. Para él, son los mejores hombres, los que han sido sometidos al proceso de formación de la *Paideia*, los que poseen la *arethé* en su plenitud. La formación profesional toca sólo a uno de los ámbitos de la vida ciudadana y su ejercicio liberal puede aspirar sólo a las excelencias de su oficio y al reconocimiento que de ello se derive. En cambio, es al político, en su sentido más amplio, el que puede tener la función de "guardián" del espíritu de la *Polis*. La sabiduría, el sentido práctico, el talento y la preocupación por el bien común son las cualidades que deben formarse en los regentes del Estado. Son ellos mismos quienes tienen en sus manos la decisión respecto del "saber" y "saber hacer" propios de los nobles y los ciudadanos libres.¹⁰

Con Platón, la *Paideia* griega logra su definición más acabada. Tanto *La República* como *Las Leyes* contienen los principios, contenidos y prácticas que debían caracterizar al *Zoón Politikón* y las condiciones y rasgos de su ejercicio ciudadano. La *arethé* del hombre político encuentra su instrumento pedagógico por excelencia en la literatura. En la poesía y la música,¹¹ como en ningún otro producto cultural, pueden desarrollarse las excelencias del espíritu y son entonces éstas, los principales contenidos educativos. El hombre culto, el hombre educado, sería aquél que en el ejercicio y profundo conocimiento de la literatura y sus géneros, podría encontrar las claves del conocimiento y de las condiciones para la vida armónica.

Conclusión

La *Paideia* de Jaeger constituye un ejemplo motor de las envidias de los "cultorólogos" contemporáneos, pues, me parece, el autor encontró en la *Paideia* —el concepto— un analizador privilegiado. Parece imposible encontrar, para las formaciones sociales actuales, algún concepto globalizador de esta envergadura. Sociedades complejas y diversas; culturas y sub-culturas conviviendo en equilibrios y desequilibrios alternados. Rupturas, avances y renacimientos, todo a la vez.

¿Será mejor hablar de culturas, en plural? a ellas corresponderían proyectos y prácticas particulares, como ocurre en efecto. No deja de ser notable, de todas maneras, el resabio "aristocrático" —para bien o para mal— que encontramos todavía

hoy en los discursos oficiales que respaldan modelos educativos urgentes. Por último, una recomendación: si el lector tiene un rato libre, déle una mirada a la *Paideia*.



Referencias

1. JAEGER, Werner. *Paideia*. Fondo de Cultura Económica. México, 1962. XI-1151.
2. *Op. Cit.* Introducción p. 3.
3. *Op. Cit.* p. 19.
4. *Ibid.* p. 23 y sigs.
5. *Ibid.* p. 88.
6. *Ibid.* p. 106.
7. Anaximandro (Mileto, S. VI) planteó la existencia de un orden universal cuyo centro originario es el apéiron. . . "Donde tuvo lo que es su origen, allí es preciso que retorne en su caída, de acuerdo con las determinaciones del destino. Las cosas deben pagar unas a otras castigo y pena de acuerdo con la sentencia del tiempo". *Paideia*, p.p. 154-161.
8. JAEGER. *Op. Cit.*, p. 432 y sigs.
9. En algunos de los Diálogos, Platón expresó estos valores, cfr: *Laques*, *Timeo*, *Filebo* y *Protágoras*.
10. *Paideia*. Libros II y III, p. 631 y sigs.
11. La música siempre consideraba en este tiempo, tanto los sonidos melódicos como las palabras que los acompañaban, tanto en forma de canto como de recitación. La música, por extensión, también incluía la danza.

"LA CULTURA PROLETARIA TIENE QUE SER EL DESARROLLO LOGICO DEL ACERVO DE CONOCIMIENTOS CONQUISTADOS POR LA HUMANIDAD BAJO EL YUGO DE LA SOCIEDAD CAPITALISTA, DE LA SOCIEDAD TERRATENIENTE, DE LA SOCIEDAD BUROCRATICA". (Lenin).